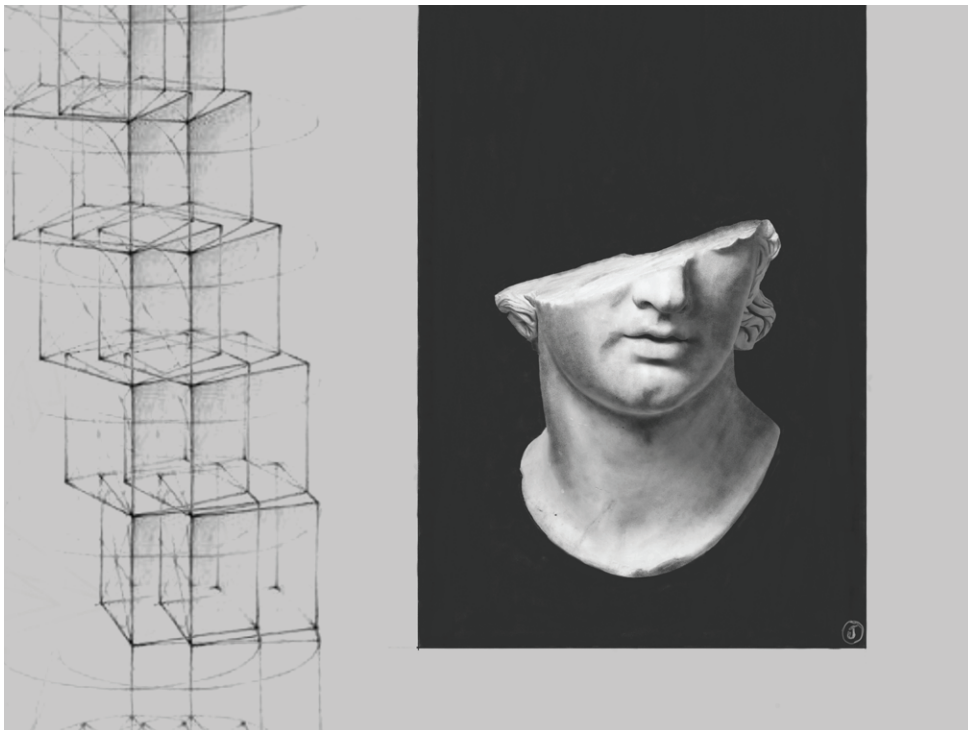


Ulises cien años



Jairo Acosta Silva. Sin título. Dibujo digital. 10.622 KB.

“Esta es la crónica de un día en la vida de Leopoldo Bloom, de su mujer Molly y del joven Stephen Dedalus en la ciudad de Dublín.

Con la descripción de la odisea interior de estas vidas insignificantes, el genio de James Joyce convirtió la prosaica y vulgar epopeya del hombre de nuestro tiempo en una obra inmortal.

Al descubrir una nueva dimensión de la existencia humana, Joyce ha conmocionado con esta obra innovadora la literatura del siglo xx”.

Este pequeño texto, puesto en la contracarátula de la novela *Ulises* de James Joyce, en la edición de Lumen-Tusquets de 1996, con la traducción de José María Valverde, me parece, en

tan pocas palabras, el mejor resumen de 788 páginas, comúnmente señaladas de incomprensibles y difícilísimas de leer. Y creo que sí son muy difíciles de leer, como es difícil de comprender (y da pereza tanta dificultad) cualquier obra de arte importante, producto, por lo general, del esfuerzo, de la imaginación, la dedicación y, a veces, de parte de la vida misma de su autor. ¡Cómo no va a ser difícil una obra así!

También creo, de acuerdo con lo dicho en la cita, que “James Joyce convirtió la prosaica y vulgar epopeya del hombre de nuestro tiempo en una obra inmortal”. La novela occidental es una antes y otra después de *Ulises*, publicada en 1922. Es decir, actualmente se están cumpliendo cien años desde su primera edición gracias a Sylvia Beach, gran lectora y dueña de la librería Shakespeare and Company en París

(Ezra Pound tiene mucho que ver en esto, una vez más).

Con *Ulises* el lector pasó del concepto de la novela total del siglo XIX (Balzac, Tolstoi, Dostoievski, Flaubert, Víctor Hugo, Henry James) a la historia vulgar de un hombre común y corriente, haciendo cosas comunes y corrientes, cotidianas, descritas con una minuciosidad inusual y molesta para algunos lectores (algunos de alta alcurnia). Por primera vez, probablemente, se describen las exudaciones y los sudores y las acuosidades y los coitos y el amor. Y el mal olor de una cagada invade una página al comienzo (“literatura para camioneros”, llegaron a decir en una prestigiosa editorial inglesa, una de tantas que rechazaron su publicación).

El monólogo interior y el flujo de conciencia, como somos los seres humanos, se instala en la narrativa del siglo XX. Somos seres fragmentarios y falibles, minúsculos. Vamos por la calle con nuestras miserias y nuestras grandezas repartidas en pequeños pensamientos que saltan de un lado a otro. Singulares y únicos (no exclusivos, sino únicos). En ese sentido todos somos Leopoldo Bloom, todos somos Molly Bloom, todos somos Stephen Dedalus.

En 1928, desde Alemania (apenas seis años después de publicada la novela y, seguramente, ya vertida al alemán) Stefan Zweig saluda (y vaticina) así el *Ulises* en su libro *La pasión creadora*: “[...] este libro, curiosidad genial, se conservará como una roca errática, sin comunicación con el ambiente fecundo que lo rodea. Y con el andar del tiempo llegará quizás, como todo lo sibilino del género humano, a ser objeto de veneración. ¡De todos modos, ya en nuestros días, invocamos respeto para esta obra porfiadamente vehemente y tentadora! ¡Respeto, respeto para James Joyce!”.

Y también se cumplen, este año, ciento cuarenta del nacimiento de Joyce (Irlanda, 1882-Sui-

za, 1941). Sus títulos no son muchos (un libro de poemas, uno de cuentos, tres novelas y una obra de teatro, quizás), pero son títulos llenos de experimentación verbal e innovación en el mejor sentido, una poética donde el humor, el erotismo y la extensísima cultura (histórica y literaria) dieron buena cuenta de esos títulos que hoy encantan y desconciertan (en igual proporción) al mundo. En ese sentido, dijo igualmente Zweig: “Un hombre lleno de una fuerza primitiva enigmática, una obra meteórica como la de Paracelso, reuniendo, como los trabajos de aquel mago medieval, en forma más moderna, elementos poéticos con engaños metafísicos, mística del alma con mixtificación, ciencia estupeñada con un humorismo gruñón”.

Los lectores de la *Agenda Cultural* están cordialmente invitados a adentrarse en los artículos que autores de aquí y de allá, que han leído el *Ulises* haciendo de la dificultad un placer, nos regalan sus conclusiones, sus creativas palabras. Los españoles Eduardo Lagos y Ricardo Navarrete Franco, el chileno Raúl Rodríguez Freire, los colombianos Carlos Sánchez Lozano, Rafael Humberto Moreno-Durán y Selnich Vivas Hurtado (quien prefirió escribir un poema sobre Joyce, sobre *Ulises*, evocando y aludiendo la vasta literatura de todo el mundo, bello homenaje al novelista de Dublín y a su emblemático título).

En la *Agenda* hacemos votos porque la mayor cantidad posible de lectores le pierdan el miedo al *Ulises*, porque irrespeten un poco esa escritura a ratos enrevesada, como somos enrevesados todos nosotros, admitámoslo. Al menos, como recomendaba un famoso escritor, que el lector disfrute el capítulo 18 (una larga disquisición —45 páginas— sin ninguna puntuación, producto del genio de Joyce), el monólogo de Molly Bloom, una delicia donde abundan el erotismo, el humor y la síntesis magistral de una vida, de todas esas vidas.

Luis Germán Sierra J.